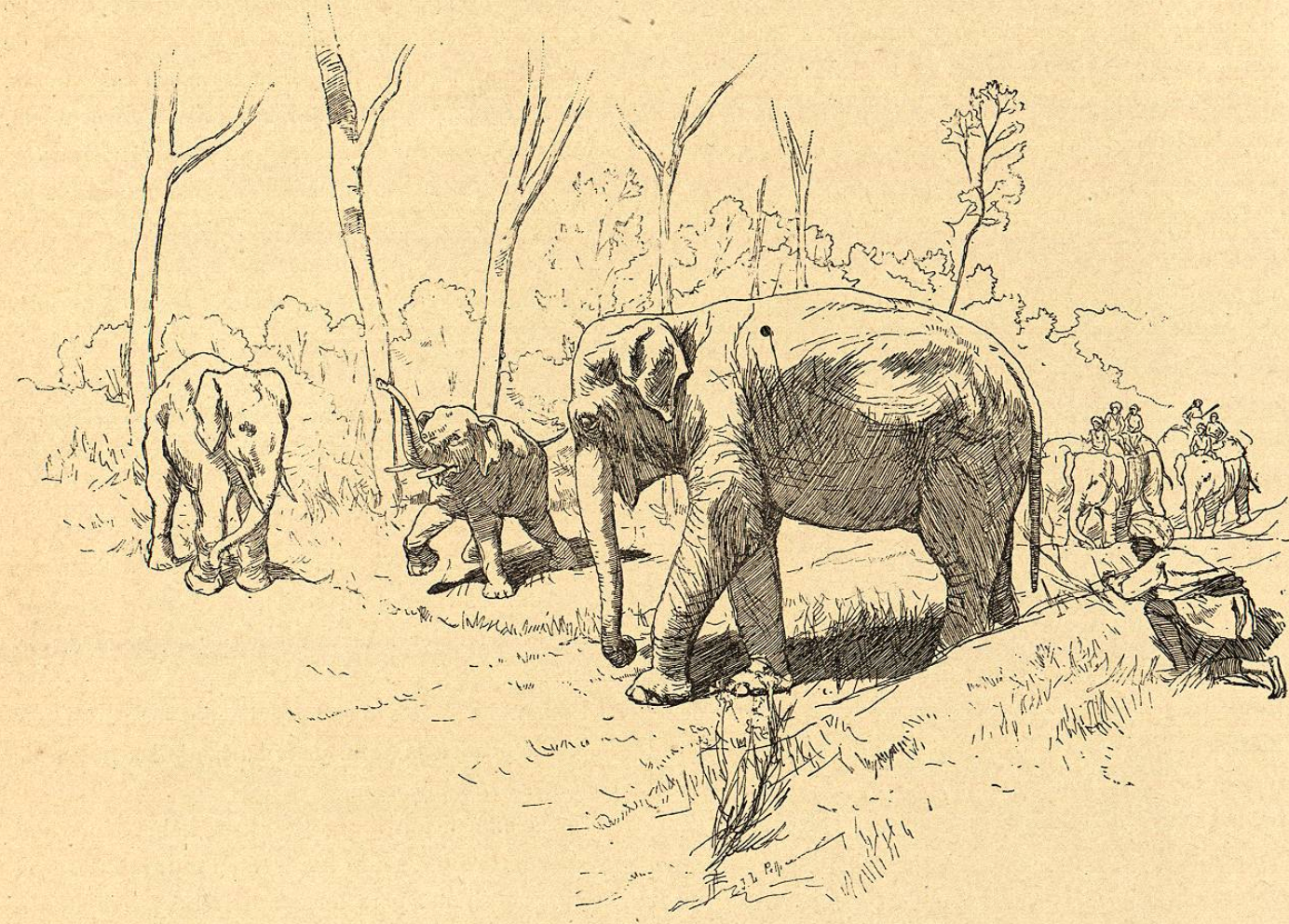


Por fortuna no sucedió así, y el elefante desapareció entre los árboles, internándose en el bosque.

Pasó un cuarto de hora, y de nuevo apareció el elefante investido con el rango de jefe, pero esta vez seguido de toda la manada. Unos cuarenta á cincuenta elefantes inundaron el claro, proyectando sus siluetas

en el agua. Sedientos sepultaron sus patas delanteras en el agua, y comenzaron á beber.

Cuatro elefantes, colocados de centinela, eran los únicos que permanecían inmóviles como estatuas impasibles, mientras sus compañeros, tras larga peregrinación, venían á apagar su sed en las aguas del arroyo.



Caza del elefante con lazo

La ocasión era propicia, y no para ser desperdiciada. Apunté despacio al cráneo de un hermoso y grande elefante que bebía á unos 15 metros del sitio donde me hallaba apostado, y disparé. El tiro fué certero, y el elefante cayó desplomado, cual si fuera una masa inerte.

Sonaron, casi á la vez que el mío, otros dos disparos; y la manada, detenida un instante por el estupor, emprendió velozmente la fuga.

Además del elefante cazado por mí, y que yacía en tierra, otro se revolcaba en las postreras convulsiones de la muerte, herido por el indígena. Un largo reguero de sangre, que desaparecía en el bosque, indicaba que el criado también había hecho blanco en otro elefante.

Bajamos de los árboles y examinamos á nuestras víctimas y llenos de alborozo aserramos los marfiles, que llevamos como trofeos á nuestra choza.

Grandes emociones y curiosidad me había proporcionado aquella caza de elefantes salvajes en el corazón de las selvas de la isla de Ceylán.

El *paniki* estaba empeñado en seguir las huellas del elefante herido, pero me di yo por satisfecho, y juzgué inútil internarme en la espesura.

Es tal la pericia é instinto de aquellos indígenas, que á la vista de las huellas fijan el número, talla, y edad de los elefantes que componen una manada.

Los *panikis* leen en la naturaleza como en un libro abierto; y donde los hombres civilizados nada ven, ellos

notan las señales de la misteriosa vida animal en los bosques y soledades.

El valor de aquellos indígenas está á la altura de su maravilloso instinto de cazadores. Rara vez emplean como arma el fusil, y sí el lazo sólido, fabricado con piel de ciervo ó de búfalo, que lanzan entre los pies del elefante, enredándole y aprisionándole.

Verdadero enigma es cómo los *panikis* pueden acercarse hasta un elefante, por naturaleza tan desconfiado, sin ser vistos.

Mientras un indígena enreda por un extremo del lazo las patas del elefante, otro ata el extremo opuesto á un robusto y vigoroso árbol.

El elefante salvaje, cautivo se trueca en furioso; y desgraciado del que entonces se acercara. El indígena emplea el fuego y el humo para amedrentarle; le priva del sustento y bebida; no le da sosiego y agóia todos los recursos. Tras tanta dureza, varía de táctica, y le colma de halagos; y de esta suerte el indio se hace dueño por completo del elefante, convertido en mansísimo cordero para su dueño.

Tennen describe cazas de elefantes, á que ha asistido y que ofrecen interés.

«En un sitio delicioso de la floresta,—dice el narrador,—hallamos chozas aéreas y ligeras, levantadas como por encantamiento, vecinas á un corral. Las chozas, formadas por cuatro estacas y ramaje, y cubiertas de hierbas y hojas de palmera, tenían todo cuanto podíamos apetecer: comedor, cocina, cuerdas. Los indígenas habían construido nuestras moradas en pocos días.

Para realizar semejantes cazas de elefantes, se necesita una multitud de gente: unos armados, otros con instrumentos, como picos, cuerdas; y otros con flautas y tambores.

Se escoge para la caza la época del año en que los campos sembrados de arroz pueden sufrir menos destrozos. El pueblo muestra grande afición á la caza, no sólo por los goces que le proporciona, si que también porque disminuye el número de elefantes salvajes que destruyen las cosechas. Los sacerdotes alientan su persecución, porque aquellos elefantes devoran las hojas de los árboles sagrados.

Los magnates adoran la caza del elefante, porque les proporciona ocasión de lucir su séquito, de deslumbrar con su riqueza y aparato.

Verdaderos ejércitos de elefantes amaestrados, montados por sus *cornacs* y dueños, salen de las ciudades y villas indias para la caza; numerosos *pietones*, indígenas que hallan ganancia, bien que mezquina, en abrir caminos, y servir de ojeadores, siguen la comitiva.

El terreno de caza que se escoge es un sitio próximo á uno de los caminos frecuentados por los elefantes. Forzoso es que haya un río ó corriente de agua á donde acudan á beber ó bañarse los paquidermos.

Pues bien: allí se forma el corral, ó sea el espacio cercado, que suele medir unos 150 metros de largo y 75 de ancho.

¡Qué vida, qué movimiento se nota en el campo cuando se hacen los preparativos para la partida de caza! Mientras unos indígenas levantan las chozas, otros, en gran número, abren agujeros en el suelo, plantan estacas sin cuento, rodean el corral de una espesa, alta y fuerte empalizada, bien disimulada por los arbustos y lianas que brotan por doquier.

En el interior todo queda casi intacto, dejando en pie los árboles y arbustos, sobretudo por el lado de la entrada del corral.

La empalizada ha de estar construída de suerte que un hombre pueda fácilmente penetrar dentro del corral.

Una abertura que puede cerrarse da acceso al lugar cercado.

Cuando la empalizada está terminada, comienza entonces la misión de los ojeadores. Millares de hombres se extienden formando un semicírculo de muchas leguas, á fin de envolver á un número considerable de elefantes.

La marcha de los ojeadores ha de ser paciente y llena de prudencia, á fin de ir lanzando las pjaras de elefantes hacia el corral.

En la expedición á que yo asistí, había cinco mil ojeadores. Los indígenas emplean en último término el fuego y el humo para formar barreras y empujar á los elefantes hacia la empalizada.

Los ojeadores forman un ejército con sus jefes y subalternos, que vigilan todos los movimientos; pues la torpeza y el descuido de pocos pueden esterilizar fácilmente los esfuerzos de los más. Los ojeadores se van replegando, como dos brazos inmensos, hasta rodear el corral.

Todos estos preparativos,—añade Tennen,—necesitaron unos dos meses. Apostada la comitiva es una especie de estrado, desde el cual se veía perfectamente la puerta de entrada, esperábamos con vivo interés el encierro de los elefantes salvajes, forzados por los ojeadores.

Á nuestro alrededor había agrupados varios elefantes proporcionados por varios templos y príncipes para ayudar á la caza de los paquidermos salvajes.

Las noticias que teníamos por los partes comunicados por el jefe de los ojeadores, era que tres pjaras



Elefante de Africa

distintas de elefantes estaban envueltas y cercadas, y vagaban por entre los junglares á corta distancia. Según los cálculos, eran el total unos 130 á 150 elefantes.

Había prohibición absoluta de hablar en voz alta y de hacer el menor ruido.

De repente el silencio de los bosques fué interrumpido por el grito de los centinelas, el redoble de los tambores y el estruendo de los disparos.

Eran los ojeadores, que obligaban á los elefantes á huir en dirección á la empalizada ó corral.

Un instante después, el crujido de las ramas, y el movimiento de los arbustos, señaló la próxima irrupción de los elefantes. El guía de una de las pjaras salió de los junglares, y llegó hasta unos 20 metros de la abertura del corral, seguido de unos 50 elefantes.

Un esfuerzo más por parte de los ojeadores, y ya